



HISTORIA DE OFELIA FLORES Y SU ESPOSO, EL GÜERO: NOSTALGIA DE LA TIERRA

Nací el 2 de abril de 1981 en Las Huacapas, un rancho en medio de la Sierra Madre Occidental, al sur de Sinaloa, con poquitas familias aquí y poquitas allá. Quizá unas cien personas, no más que eso. Mi papá siempre se dedicó al cultivo del cacahuete y del maíz, y mi mamá a la costura y a la elaboración de quesos. Yo fui la mayor de cinco hermanos, cuatro mujeres y un hombre.

Las Huacapas estaba lejos de todo. Lo más cerquita era Caminahuato y El Palmar de los Sepúlvedas, pero también eran pueblos pequeños. Cuando terminé la primaria tuve que irme a vivir con un hermano de mi mamá a Guamúchil, porque todavía no había secundaria y yo quería seguir estudiando. Fui la única que tuvo que salir jovencita del rancho, cuando mis hermanos crecieron ya había telesecundaria.

No fue fácil salir de mi casa y aprender a valerme por mí misma. Extrañaba la vida del campo y cada vez que podía iba a visitar a mi familia. En casa de mi tía ayudaba a hacer el pan para vender, apoyaba con la limpieza de la casa y aparte tenía que estudiar.

Cada vez que volvía al rancho lo veía diferente. Ya no era la misma tranquilidad de antes. Allá en la sierra siempre había sido común que la gente sembrara marihuana. No era que alguien se hiciera rico por cultivarla o fuera algo diferente a sembrar cacahuete o maíz, era otra manera de sobrevivir en la sierra. Pero desde finales de los años noventa el cultivo empezó a ser controlado por grupos que venían de afuera, y como podían comprar todas las cosechas podían también controlar la vida de los pueblos. Se creían superiores a todos, y la gente empezó a no dejarse, así que se incrementaron los pleitos. Se empezaron a ver rivalidades en-

tre un pueblo y el otro, porque estos trabajaban con fulanito y aquellos trabajaban con zutanito. Y de ahí se pasó a los muertos, obligando a las familias a salir del rancho, entre ellas la mía, que tuvo que irse en 2006, año en que mi hermano menor terminaba la secundaria.

Cuando mi familia salió del rancho para Los Mochis yo estaba en Tijuana. Había llegado con mis primas a pasar unas vacaciones, sin imaginar que ese viaje iba a cambiar por completo mi vida. Tenía 17 años, me quedaba sólo un año para terminar la prepa y se supone que sólo íbamos a pasar allí un par de semanas y volver a Sinaloa, pero decidimos quedarnos a trabajar. Ahí fue cuando conocí a José Candelario.

Él tenía 23 años y había nacido en Navolato. Vivía en Culiacán con su mamá y sus once hermanos, hasta que a uno de ellos lo secuestraron y lo asesinaron, obligando a la familia a desplazarse hacia diferentes destinos. Él siguió a uno de sus hermanos que algunos años atrás había llegado a Tijuana y tenía un negocio de compraventa de autos.

Yo trabajaba en un súper que quedaba justo enfrente de ese negocio, así que ya lo conocía porque entraba a comprar cervezas o cualquier cosa, hasta que un día llegó y me dijo: “Vengo a presentarte a mi hermano que acaba de llegar”. Yo me enamoré de él en cuanto lo vi, se veía muy serio y limpiecito.

Candelario había hecho un gran esfuerzo para estudiar en Culiacán y había logrado terminar la academia de policía para incorporarse a la unidad de tránsito. Pero al poco tiempo de haber sido nombrado en su cargo tuvo que abandonar su carrera para huir de la amenaza que caía sobre su familia.

Al poquito tiempo de conocernos decidimos irnos a vivir juntos. Él ya se había independizado del hermano y hacía trabajos de electricidad y mecánica con un socio. Yo trabajaba en una fábrica de lentes, donde había ascendido a supervisora. Cuando quedé embarazada de mi primera hija, tres años después de vivir con Candelario, renuncié a mi trabajo para dedicarme a su cuidado, y muy rápidamente seguirían dos embarazos más. Cuando la familia creció Candelario empezó a cruzar al otro lado como le hacían muchos, pagándole a un pollero, y trabajaba ahí por un tiempo para completar el gasto de la casa.

A los 24 años ya tenía a mis tres niñas: Lizbeth, Erika y Jaqueline, y las cosas empezaron a complicarse porque no tenía quién me ayudara cuando Candelario pasaba largas temporadas en Estados Unidos. De modo que decidí regresar a Sinaloa e instalarme en Los Mochis con mi mamá, dedicada aún a la costura y a la venta de tamales; con mi papá, que trabajaba arreglando jardines, y con mi hermano, que estaba terminando la preparatoria. Mientras viví con ellos ayudaba con los gastos de la casa, pero esta situación duró poco porque Candelario decidió regresar de California a vivir con nosotras unos meses después. Decía que al otro lado se ganaba bien, pero se vivía mal.

Después de que regresó con nosotras, dos de sus hermanos —que también vivían en California— fueron echados del país de un día para otro, ni siquiera les dieron tiempo de sacar sus cosas. Y así, con una mano adelante y otra atrás, tuvieron que venirse para empezar de cero.

Uno de ellos se casó con una señora propietaria de tierras aquí en Sinaloa e invitó a Candelario a trabajar con él para hacerlas producir. A Candelario le encantaba el campo, así que no lo pensó dos veces y se dedicó a sembrar frijol y maíz con su hermano. Desde entonces organizó su vida para trabajar entre semana en Culiacán y visitarnos en Los Mochis los fines de semana, y así nos fuimos acostumbrando a estar lejos, pero nunca dejamos de extrañarnos.

En alguna ocasión mi cuñado fue secuestrado y para mí esa fue una alerta sobre el riesgo que podría estar corriendo mi marido en Culiacán, así que le pedí que reconsiderara quedarse en Los Mochis. Él me pidió que esperara un poco más, que no podía dejar a su hermano solo y que luego regresaría con nosotras para quedarse definitivamente. Llevaba una relación muy buena con su hermano, no había una cosa que no ocupara uno que el otro no le ofreciera. Y además a Candelario le fascinaba el trabajo en el campo, así que le costaba dejar todo tirado y venirse para Los Mochis.

Después de tanto ir y venir por fin se quedó viviendo con nosotras en la casita que ya habíamos terminado de pagar. Gracias a sus conocimientos en el manejo de maquinaria pesada no le faltaban los trabajos en la construcción y yo seguía trabajando con una señora que hace co-

mida para eventos, con la que ya llevaba un par de años. Así que no nos iba mal.

Como a mí, a Candelario le encantaba la naturaleza. Su pedazo preferido de la casa era el jardín, donde pasaba horas sembrando y cuidando las plantas. Otra de sus aficiones era la mecánica, tenía un cuartito lleno de herramientas para arreglar carros o cualquier cosa que se dañara. Justamente ese domingo 29 de octubre de 2017, que lo vi por última vez, Candelario salió hacia la casa de un conocido con quien hacía algunos meses había empezado a arreglar un carro. Subió en su camioneta las herramientas que iba a ocupar para trabajar y pasaron las horas sin que regresara.

Ya se me hacía raro, porque era domingo como para que se tardara, y ahí andaba yo en la sala de un lado a otro, pensativa, marcándole a su celular con las niñas, pero no contestaba. Tenía un mal presentimiento desde la mañana. Nunca me había fiado del hombre con el que mi marido iba a arreglar ese carro.

A las seis de la mañana, después de pasar la noche en vela y acompañar el sueño intermitente de mis hijas, las desperté y las monté en el carro. “Vamos a buscar a su papá”, les dije, y arranqué. Nunca había ido a la casa de ese hombre, pero sabía más o menos por dónde quedaba, así que empecé a buscar entre las casitas de la colonia Urbi Villa del Rey, todas iguales, y reconocí el carro que andaban arreglando. Toqué a la puerta de la casa en donde estaba estacionado, pero nadie atendió, así que decidí llevar a mis hijas a la escuela y me fui a trabajar imaginando que en algún momento iba a llamar.

La preocupación empezó a aumentar cuando el reloj avanzaba sin saber nada de él, así que inventé algo para salir del trabajo y me llevé a mi hija menor de un lado a otro mientras rastreaba algunas pistas que me permitieran saber sobre su paradero.

Yendo de un lado a otro logré dar con el paradero de la mamá del joven con quien estaba Candelario ese domingo, y supe que ella también lo estaba buscando desde el mismo día. Juntas indagamos entre los vecinos si alguien había visto algo raro y supimos por uno de ellos que esa noche un convoy de militares andaba haciendo rondines cerca de las 11

de la noche por la colonia. Después de ver pasar al convoy, el vecino se acercó a la casa del muchacho para avisarle que se pusiera abusado porque sabía que vendía droga y eso era lo que buscaban los militares a esa hora. Pero cuando llegó se encontró con el carro del “Güero”, como le decían a mi esposo, con las llaves puestas y las luces bajitas encendidas. Dijo el vecino que la puerta de la casa estaba medio abierta y que no había nadie en los alrededores.

Entonces me fui a casa pensando lo peor. Recogí a las niñas en la escuela y decidimos hablarle a su familia en Culiacán, para ver si tenían noticias de él. Pensé que tal vez lo habían secuestrado para pedir rescate. Pero su familia no había tenido noticia de él desde el sábado que salió a trabajar.

Fue entonces que decidí hacer la denuncia en la Fiscalía. El primer día no nos atendieron porque me pedían un montón de papeles que no tenía. Me decía el licenciado que le presentara la factura del carro en el que andaba mi marido para demostrar que sí era de él, y pues yo no la tenía porque además ese carro no tenía mucho de haberse comprado y estaba a nombre del dueño anterior. Empecé a desesperarme: “a mí no me interesa, ustedes se pueden quedar con la camioneta y hacer lo que se les pegué la gana, a mí lo que me interesa es encontrarlo a él”. A otro licenciado que se portó mejor conmigo le pregunté: “¿es una buena señal que aparezca o que no aparezca?”, y él me decía: “mientras no aparezca, es una buena señal”.

Desde ese día empecé a leer todas las noticias y a escuchar la radio para enterarme que si habían encontrado muerto a fulanito o que había cuerpos en tal parte, hasta que supe que eran los de la funeraria los que tenían la información actualizada y empecé a llamarlos también a ellos. Sabía que si yo no lo buscaba nadie lo iba a buscar, y pensaba que si lo habían matado lo iban a tirar por ahí, nunca imaginé que lo fueran a enterrar.

Les decía a mis hijas: “no sabemos por dónde empezar, pero vamos a buscar”. Las llevaba al lugar en donde lo habían visto por última vez y entre todas empezábamos a imaginar los caminos por donde se lo pudieron haber llevado. Así que agarrábamos primero por un lado

y luego por el otro, revisando bien las orillas de la carretera y los lotes baldíos.

Llamaba a diario a la Fiscalía a ver si me decían algo y la respuesta siempre era la misma: “hasta ahorita ninguna noticia”. El viernes, cuando ya habían pasado cinco días, fui personalmente para que me informaran sobre sus investigaciones y me dijeron: “lo único que hemos investigado es que su esposo tomaba mucho y echaba balas cada vez que se emborrachaba”. Muy bien, les dije, entonces yo ya no tengo ni una esperanza con ustedes de que lo busquen. Y así fueron pasando los días, sin información, y yo buscando por todos lados, preguntado a mil gentes.

Ya habían pasado tres semanas y no dejaba de trabajar porque sabía que ahora más que nunca necesitábamos ese dinero. Como se acercaba la navidad había muchos eventos, así que me llevaba a mis niñas para que me ayudaran y todas trabajábamos. Una noche después de salir de uno de esos eventos muy grandes empecé a conversar con mis hijas porque ellas decían que su papá estaba bien, que iba a regresar. Y yo les decía: “su papá no está bien”, para que tuvieran un piso de realidad. Esa noche lloramos juntas y nos acostamos a dormir. Y fue al domingo siguiente, el 19 de noviembre, que Las Buscadoras encontraron a Candelario en unas fosas clandestinas en Los Virreyes.

Cuando escuché la noticia salí corriendo para allá con mi hija más chica, siguiendo las pistas por lo que decían en la radio, porque mi celular se había caído a un vaso con agua y había perdido los contactos de Las Buscadoras. La fosa no estaba muy lejos de la colonia donde desaparecieron a Candelario.

Cuando llegué había muchas camionetas de policía y carros funerarios, pero Las Buscadoras no estaban porque ese día encontraron varias fosas cercanas a ese punto. Andaban por el otro lado. Candelario estaba enterrado junto a otros siete cuerpos alrededor de un árbol. Yo todavía no sabía que era él, pero algo muy fuerte me lo indicaba.

Ahí estaba el señor de la funeraria que ya me conocía porque iba diario a preguntar si sabía algo y le había dejado los datos de mi esposo, su ropa, su descripción física. Me dijo que fuera en tres horas a la

funeraria, y para mí eso fue una señal de que sabía algo. Ese mismo día presencié mi primera exhumación cuando me acerqué a acompañar a Las Buscadoras, que todavía seguían trabajando en el rastreo muy cerca de donde habían exhumado los siete cuerpos. Encontraron dos más y yo estuve allí cuando los descubrieron. No me quería ir porque yo sabía que ahí estaba, que entre todos esos cuerpos estaba Candelario.

Cuando llegué a la funeraria tuve que esperar afuera, como todas las familias, hasta que me llamaron y me enseñaron la foto de un cuerpo que tenía un trabajo dental que podía coincidir con el de él. Cuando vi la foto dije: “sí, es él”. Sus dientes eran inconfundibles, no tenía ninguna duda: el cuerpo B era el de mi esposo.

Como a las dos de la mañana el muchacho de la funeraria me hizo el favor de dejármelo ver, y sí, confirmé que era él y me fui para la casa con las niñas porque al día siguiente debíamos empezar los trámites para recuperar su cuerpo.

Me pedían acta de nacimiento, de matrimonio y otros documentos, y después me dijeron que sin una prueba de ADN no podían liberarlo, así que debíamos esperar. Ese fue un momento muy difícil porque la funeraria donde lo tenían quedaba frente a la escuela de mis hijas y yo pasaba todos los días por ahí; sabía que ahí estaba y no podía hacer nada por él. Pasaron ocho días hasta que la fiscalía me notificó, a través de una llamada telefónica, que la prueba era positiva.

Después de recuperar su cuerpo lo cremamos, porque Candelario odiaba los panteones. “Cuando yo me muera, no tienten un panteón conmigo”, decía. Él hubiese querido estar cerca de su familia, así que en cuanto nos entregaron las cenizas me fui con mis niñas a Culiacán para dejarlas allí, en donde todavía están. Como no tenemos un lugar cercano para ir a hablarle, a veces voy al sitio en donde lo encontraron, le rezo o le llevo flores. Nunca voy a estar bien porque él no está, pero sigo adelante por mí y por mis hijas, y ahora también por mi nueva familia: Las Buscadoras.

UNAS LETRAS PARA OFELIA FLORES
DESDE EL CERESO MORELOS

Ofelia, leí su historia y aprendí mucho de su fuerza. Usted desde pequeña ha luchado para salir adelante, lo que pasó con su esposo fue muy triste y doloroso, no hay palabras que puedan reparar su pérdida.

Usted es una gran mujer, siga luchando junto con sus hijas que la necesitan, ustedes pueden. Recuerde que todos algún día vamos a morir, el tiempo es el que nos ayuda a curar el dolor.

Le agradezco por compartir su historia, es usted una mujer guerrera, un ejemplo para sus hijas, leer su vida desde el lugar en el que estoy me hizo darme cuenta de que somos muchas las que vivimos las injusticias, pero que denunciarlas con la escritura es una forma de luchar.

Estoy segura de que con su fuerza va a superar todas las pruebas tan difíciles que ha tenido en la vida, las cosas pasan por algo y seguimos esperando en la justicia, ya que en esta vida no todo es eterno.

Desde una prisión en el centro de México,

ROSA LLANOS